

5° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La Palabra de Dios de este Domingo nos invita a reflexionar sobre el compromiso cristiano.

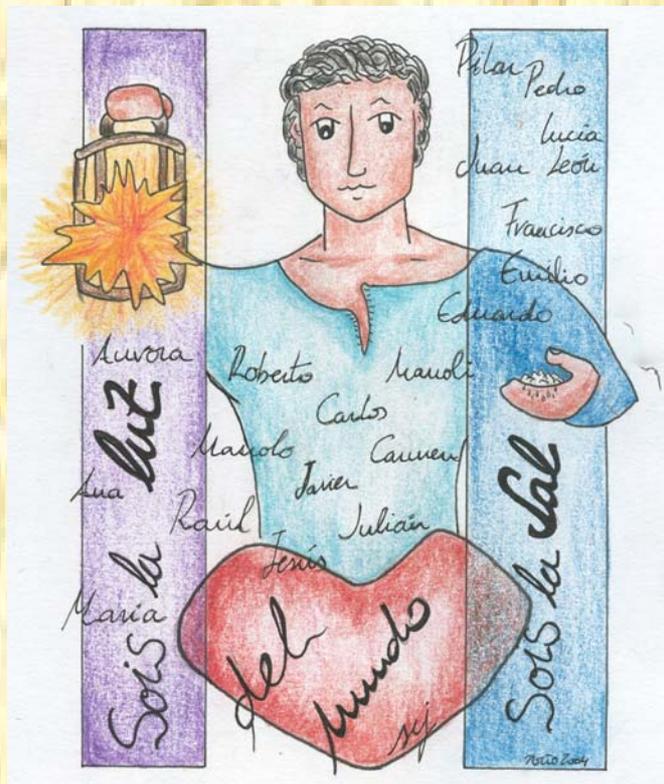
Aquellos que son interpelados por el desafío del "Reino", no pueden instalarse en una vida cómoda, ni refugiarse en una religión ritual y hecha de gestos vacíos. Tenemos que vivir de tal forma comprometidos con la transformación de este mundo que nos transformemos en luz que brille en la noche para llegar a la plenitud que Dios prometió a los hombres, el mundo del "Reino".

En el **Evangelio** Jesús exhorta a sus discípulos para que no se instalen en la mediocridad, en la comodidad; y les pide que sean la sal que da sabor

al mundo y que testimonien la permanencia y la eternidad del proyecto salvador de Dios; también les exhorta a que seamos una luz que muestre el sentido de las realidades eternas, que venza a la oscuridad del sufrimiento, del egoísmo, del miedo y que conduzca al encuentro del "Reino" de libertad y de la esperanza.

La **primera lectura** presenta las condiciones necesarias para "ser luz": es una "luz" que ilumina al mundo, no de quien practica ritos religiosos estériles y vacíos, sino de quien se compromete verdaderamente con la justicia, con la paz, con la solidaridad, con la fraternidad. La verdadera religión no se fundamenta en una relación "platónica" con Dios, sino en un compromiso concreto que lleva al hombre a ser un signo vivo del amor de Dios entre sus hermanos.

La **segunda lectura** avisa que ser "luz" no es colocar la esperanza de salvación en esquemas humanos de sabiduría, sino que es identificarse con Cristo e interiorizar la "locura de la cruz" como el don de la vida. ¿Se puede esperar una revelación de salvación en el escándalo de un Dios que muere en la cruz? Sí. Es en la fragilidad y en la debilidad donde Dios se manifiesta: el ejemplo de Pablo - un hombre frágil y poco brillante - lo demuestra.



PRIMERA LECTURA

Entonces nacerá tu luz como la aurora

Lectura del libro de Isaías

58, 7 - 10

Esto dice el Señor:

Parte tu pan con el hambriento,
hospeda a los pobres sin techo,
viste al que va desnudo,
y no te cierres a tu propia carne.

Entonces romperá tu luz como la aurora,
en seguida te brotará la carne sana;
te abrirá camino la justicia,
detrás irá la gloria del Señor.

Entonces clamarás al Señor
y te responderá.

Gritarás y te dirá:

«Aquí estoy.»

Cuando destierres de ti la opresión,
el gesto amenazador y la maledicencia,
cuando partas tu pan con el hambriento
y sacies el estómago del indigente,
brillará tu luz en las tinieblas,
tu oscuridad se volverá mediodía.

Palabra de Dios.

1.1 Ambientación

Los capítulos 56 a 66 del Libro de Isaías presentan un conjunto variado de temas, de situaciones, de géneros y de estilos; por eso, la mayor parte de los estudiosos recientes atribuyen estos textos, no a un autor, sino a una pluralidad de autores; sin embargo, se siguen catalogando estos capítulos bajo el nombre genérico de "Tercer Isaías".

Por otra parte se discute también la época en que estos textos aparecieron (las opiniones van desde el siglo VII al siglo II a. de C.), la mayoría de los estudiosos suele situar estos textos en la época post-exílica, probablemente en los últimos decenios del siglo VI, o en los primeros años del siglo V a. de C.

Estamos en Jerusalén; los repatriados de Babilonia llegaron llenos de entusiasmo, aunque rápidamente perdieron la ilusión. La ciudad está destruida; el dominio persa continúa recordando al pueblo de Jerusalén que no es libre ni tiene en sus manos la llave de su futuro; y, además, las bonitas promesas de reconstrucción, de liberación, parecen haberse desvanecido y la intervención definitiva de Dios tarda en llegar.

Algunos autores recientes hablan (a propósito de esta época) de una gran tensión entre dos grupos que intentan imponerse en Jerusalén: de un lado, el sacerdocio sadoquita (de Sadoc, sacerdote del templo de Salomón), que volvió del exilio de Babilonia convencido de que había sido probado y perdonado de sus faltas, que tiene buenas relaciones con el imperio persa, que domina la política, que está dispuestos a hacer valer sus derechos y privilegios y que marca las normas del culto oficial; por otro lado el partido levita, que permaneció en Jerusalén durante el exilio, que dominó el culto durante esa época y que tiene una visión más "democrática", más pragmática, menos "oficial" y legalista de la fe. Los autores de nuestro texto pertenecen, probablemente, a este último grupo.

El capítulo 58 (al que pertenece el texto que nos es propuesto), se presenta como una reclamación de Dios contra el Pueblo. En esa reclamación, hay dos temas: la denuncia de un culto vacío y estéril, que cumple las normas externas, pero que no surge del corazón ni tiene correspondencia en la vida (cf. Is 58,1-12); y una invitación a que el Pueblo respete la santidad del sábado (Cf. 58,13-14).

En nuestro texto, la palabra "ayuno" (que, en el contexto del capítulo, aparece siete veces), es la palabra clave.

1.2 Mensaje

El tema del "ayuno" es fundamental para la vivencia judía de la fe y de la relación con Dios (cf. Ex 34,28; Lv 16,29,31; Jz 20,26; 2 Sm 12,16-17; 1 Re 21,27; Jon 3,7; Dn 9,3; Esd 8,21; Est 4,16). En el Antiguo Testamento, es un gesto religioso utilizado muy frecuentemente para mostrar la humildad delante de Dios, la dependencia, el abandono, el amor. Implica la renuncia a uno mismo, al propio egoísmo y a la autosuficiencia, para volverse hacia el Señor, para manifestar la entrega confiada en manos de Dios, para mostrar que se está dispuesto a acoger la acción y el don de Yahvé.

Nuestro texto sugiere que el Pueblo practica ciertas formas de piedad, sin tener en cuenta sus exigencias profundas, de forma interesada: para poner a Dios de su parte, para agradarle, para provocar en Dios una respuesta a la medida de los deseos del hombre. El ayuno, visto de esta forma, no se traduce en un gesto de humildad, de dependencia, de la entrega que el hombre hace a Dios; sino que es una tentativa de poner a Dios de su lado, de captar su benevolencia, a fin de que realice los intereses y los deseos egoístas del hombre.

Dios desenmascara la falsedad de las actitudes del hombre, que manifiesta en gestos (ayuno) su humildad, dependencia y entrega, que después no confirma (con la vida) esa actitud (provocando "riñas y contiendas, dando puñetazos sin piedad", Is 58,4).

Para Dios, la actitud de dependencia, de humildad, de entrega, tiene que traducirse en una vida acorde con las propuestas de Dios. El culto tiene que ser traducido a actitudes concretas.

Así, el "ayuno" auténtico (que manifiesta la entrega del hombre a Dios y a su voluntad de vivir en relación con él, aceptando y acogiendo a Dios) es aquel que se traduce en el compartir con los pobres (vv. 7.10), en la eliminación de la opresión, de la injusticia, de la violencia, de los gestos amenazantes (v. 9).

Dios, no quiere un culto formalista, rico de gestos estruendosos y de ritos solemnes pero estériles y vacíos, sino que desea sentimientos, que hacen del Pueblo de Dios "luz" del mundo; el Pueblo de Judá será luz que anuncia a Dios en el mundo, que testimonia el amor y la misericordia si realiza gestos concretos de liberación, de solidaridad, de amor y de paz. La relación con Dios (expresado en gestos culturales) solo es verdadera si se traduce en gestos que anuncien y testimonien la misericordia y el amor de Dios en medio de los otros hombres.

1.3 Actualización

La reflexión sobre el texto puede hacerse a partir de los siguientes datos:

■ La cuestión esencial es esta: ¿cómo podemos ser luz que ilumine la esperanza en el mundo y señale el sentido de una nueva tierra, llena de paz, de esperanza, de felicidad?

El texto de Isaías responde: no es con liturgias solemnes ni con ritos litúrgicos llamativos, muchas veces estériles y vacíos, como podemos conseguirlo, sino con una vida donde el amor a Dios se traduzca en amor al hermano y se manifieste en gestos de solidaridad, de fraternidad, de liberación.

■ Atención: no se dice aquí que los momentos de oración y de encuentro personal con Dios sean superfluos, inútiles, innecesarios; lo que se dice aquí es que los ritos en sí nada significan si no corresponden a una vivencia interior que se traduzca en gestos concretos de compromiso con Dios y con sus valores. La multiplicidad de ritos, de oraciones solemnes, de celebraciones, por sí solos, nada valen si no tienen la correspondiente derivación en la vida, en relación con los hermanos.

■ ¿Siento la llamada a ser "luz" que ilumine la noche del mundo y que de testimonio del amor y de la misericordia de Dios?

¿Mi fe y mi relación con Dios tienen traducción en la lucha por la liberación de mis hermanos? ¿Mi compromiso de creyente me lleva a estar atento, a compartir

con los pobres, los débiles, los desfavorecidos?

¿Mi vivencia religiosa se traduce en ser profeta del amor y servidor de la reconciliación?

Salmo responsorial

Sal 111, 4-5. 6-7. 8a y 9

R/. El justo brilla en las tinieblas como una luz.

En las tinieblas brilla como una luz
el que es justo, clemente y compasivo.
Dichoso el que se apiada y presta,
y administra rectamente sus asuntos.

El justo jamás vacilará,
su recuerdo será perpetuo.
No temerá las malas noticias,
su corazón está firme en el Señor.

Su corazón está seguro, sin temor,
reparte limosna a los pobres,
su caridad es constante, sin falta,
y alzaré la frente con dignidad.

SEGUNDA LECTURA

Os he anunciado a Cristo crucificado

Lectura de la primera carta del Apóstol San Pablo a los Corintios

2, 1 - 5

Hermanos:

Cuando vine a vosotros a anunciaros el testimonio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado.

Me presenté a vosotros débil y temeroso; mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

Palabra de Dios.

2.1 Ambientación

Ya vimos la semana pasada que uno de los grandes problemas con los que la comunidad cristiana de Corinto se enfrentaba tenía que ver con la propensión de los corintios a buscar una sabiduría puramente humana, que los llevara a confiar en personas (Pedro, Pablo, Cefas), en maestros humanos capaces de transportar a los discípulos al encuentro con su realización; pero, de esa forma, acababan por olvidar a Jesucristo y por pasar de largo de la "sabiduría de la cruz".

En este contexto, Pablo recordaba a los corintios que la "sabiduría humana" no salva, no realiza plenamente al hombre. La realización plena del hombre está en Jesucristo y en la "locura de la cruz".

¿Cómo es que la salvación y la realización plena del hombre pueden manifestarse en esa paradoja de un Dios condenado en fragilidad, que muere en una cruz como un bandido?

Para que las cosas se vuelvan perfectamente claras, Pablo presenta dos ejemplos.

El primero (la segunda lectura del pasado domingo), Pablo refiere el caso de la propia comunidad de Corinto: a pesar de la pobreza, debilidad y fragilidad de los miembros de la comunidad, Dios les llamó a ser testimonio de su salvación en el mundo.

En el segundo (el de la lectura que se nos propone hoy), Pablo presenta, con humildad, su propio caso.

2.2 Mensaje

Pablo se presenta en la doble condición de evangelizador y de hombre.

Como evangelizador (vv. 1-2), Pablo no se presentó con palabras grandiosas, con discursos sublimes, con filosofías elaboradas y coherentes; se presentó con toda sencillez para anunciar esa paradoja de un Dios débil, que murió en una cruz rechazado por todos. A pesar de todo, en Corinto nació una comunidad cristiana llena de fuerza y de fe.

Como hombre (vv. 3-5), Pablo se presentó en Corinto consciente de su debilidad, asustado y lleno de temor. No fue, por tanto, por la seducción de su personalidad arrebatadora, por sus "brillantes" cualidades de predicador, ni por el brillo y coherencia de su exposición, por lo que los corintios se sintieron atraídos por Jesús y por el Evangelio.

¿Cuál fue, por tanto, la razón por la que los corintios se adhirieron la propuesta de Jesús, presentada humildemente por Pablo?

Porque la fuerza de Dios se impone por encima de los límites del hombre que presenta la propuesta o del oyente que la escucha. El Espíritu de Dios está siempre presente y actúa en el corazón de los creyentes, de forma que no se queden en los esquemas de la sabiduría humana, sino que se dejen tocar por la sabiduría de Dios.

2.3 Actualización

Considerad las siguientes cuestiones:

■ Después de dos mil años de Evangelio, nuestra civilización "cristiana" todavía actúa como si la salvación del mundo y de los hombres estuviese en el poder de las armas, en la estabilidad de la economía, en el desarrollo sostenido, en el control del agujero de ozono, en el pleno empleo, en la paz social, en la eliminación del terrorismo, en la defensa del bosque amazónico, en las declaraciones de buenas intenciones hechas por los señores del mundo en los grandes areópagos internacionales.

Pero Pablo dice, muy sencillamente, que la salvación está en la "locura de la cruz" y que la vida en plenitud está en el amor que se da enteramente.

¿Quién tiene la razón: nuestros teóricos, formados en las más importantes universidades del mundo, o el judío Pablo, formado en la universidad de Jesús?

■ La fuerza y la "sabiduría de Dios" se manifiesta, tantas veces, en la fragilidad, en la pequeñez, en la oscuridad, en la pobreza (como el ejemplo de Pablo lo manifiesta).

Siendo así, ¿no nos parecen ridículas y descabelladas nuestras posturas de importancia, de autoridad, de protagonismo, de brillo intelectual?

■ Aquellos que tienen responsabilidad en el anuncio del Evangelio deben recordar siempre que la eficacia de la Palabra que anuncian no depende de ellos, y que el éxito de la misión no es producto de sus cualidades personales o de las técnicas sofisticadas puestas al servicio de la evangelización: somos todos, instrumentos humildes, a través de los cuales Dios concreta su proyecto de salvación para el mundo. Después de nuestro esfuerzo, de nuestra entrega, de nuestra donación, de nuestras técnicas, está el Espíritu de Dios que potencia y vuelve eficaz la Palabra que anunciamos.

Aleluya

Jn 8, 12b

Aleluya, aleluya.
Yo soy la luz del mundo,
dice el Señor,
el que me sigue tendrá la luz de la vida.
Aleluya

EVANGELIO

Vosotros sois la luz del mundo

✠ **Lectura del santo Evangelio según San Mateo**

5, 13 - 16

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

—Vosotros sois la sal de la tierra.

Pero si la sal se vuelve sosa,
¿con qué la salarán?

No sirve más que para tirarla fuera
y que la pise la gente.

Vosotros sois la luz del mundo.

No se puede ocultar una ciudad
puesta en lo alto de un monte.

Tampoco se enciende una vela
para meterla debajo del celemín,
sino para ponerla en el candelero
y que alumbre a todos los de casa.

Alumbre así vuestra luz a los hombres
para que vean vuestras buenas obras
y den gloria a vuestro Padre
que está en el cielo.

Palabra del Señor.

3.1 Ambientación

Continuamos en el contexto del "sermón de la montaña" (cf. Mt 5-7). Jesús está (en la versión de Mateo) en la cima de un monte, para presentar la nueva Ley que debe regir la marcha del nuevo Pueblo de Dios por la historia.

Ya vimos, el pasado domingo, que la indicación geográfica - en la cima de un monte - nos transporta a la montaña del Sinaí, donde Yahvé se reveló a su Pueblo y le dio su Ley. Aquí Jesús es, por tanto, presentado como el Dios que, en la cima de un monte, da a su Pueblo los "mandamientos" de la nueva alianza.

Mateo agrupa, en este primer discurso, un conjunto de "dichos" de Jesús (probablemente, pronunciados en contextos y ocasiones diversas), destinados a proporcionar a la comunidad concreta a la que iba dirigido el Evangelio, un conjunto de enseñanzas básicas para la vida cristiana.

3.2 Mensaje

El texto que se nos propone reúne dos parábolas - la de la sal y la de la luz - destinadas a manifestar el papel del Pueblo de Dios en el mundo y a definir la misión de aquellos que aceptan vivir en el espíritu de las bienaventuranzas. Después de presentar la nueva Ley ("bienaventuranzas"), Jesús define la misión del nuevo Pueblo de Dios.

La primera comparación es la de la sal (v. 13). La sal es, en primer lugar, el elemento que se mezcla con la comida y que da sabor a los alimentos (cf. Jb 6,6). También es un elemento que asegura la conservación de los alimentos y de su incorruptibilidad. Simboliza, en esta línea, aquello que es inalterable. En el Antiguo Testamento, la sal es usada para significar el valor durable de un contrato; en ese contexto, hablar de una "alianza de sal" (Nm 18,19), es hablar de un compromiso permanente, perenne (cf. 2 Cor 13,5).

Decir que los discípulos son "la sal" significa, por tanto, que los discípulos son llamados a traer al mundo eso que el mundo no tiene y que da sabor a la vida de los hombres; significa, también, que de la fidelidad de los discípulos al programa enunciado por Jesús (las "bienaventuranzas") depende la perennidad de la alianza entre Dios y los hombres y la permanencia del proyecto salvador y liberador de Dios en el mundo y en la historia.

La referencia a la *pérdida del sabor* ("si la sal se vuelve sosa... ya no sirve para nada") está destinada a alentar a los discípulos para la necesidad de un compromiso efectivo en el testimonio del "Reino": si los discípulos de Jesús rehusasen ser sal y abandonaran sus responsabilidades, el mundo se guiará por los criterios del egoísmo, de la injusticia, de la violencia, de la perversidad y estaría cada vez más distante de la realidad del "Reino" que Jesús vino a proponer. En ese caso, la vida de los discípulos habrá sido inútil.

La segunda comparación es la de la luz (vv. 14-16). Para explicarla, Jesús utiliza dos imágenes. La primera imagen (la ciudad situada en lo alto de un monte), nos lleva a Is 60,1-3, donde se habla de la "luz" de Dios que debía brillar sobre Jerusalén y, desde ella, iluminar a todos los pueblos.

La interpretación judía de Is 60,3 aplicaba la frase a Israel: el Pueblo de Dios debía ser el reflejo de la luz liberadora y salvadora de Yahvé ante todos pueblos de la tierra.

La segunda imagen (la lámpara colocada sobre el candelabro, a fin de iluminar a todos los que están en casa), repite y explicita la imagen primera: los que se adhieren al "Reino" deben ser una luz que ilumina y desafía al mundo. Es posible que haya, todavía, en estas imágenes, una referencia al "Siervo de Yahvé" de Is 42,6 y 49, 6, presentado como "luz de las naciones".

De cualquier forma, la verdad es que, en la perspectiva de Jesús, esa presencia de la "luz" de Dios que ilumina a las naciones, se da, de aquí en adelante, a los discípulos, esto es, a aquellos que aceptan la llamada del "Reino" y se adhieren a la nueva Ley (las "bienaventuranzas") propuesta por Jesús.

Ellos son "la nueva Jerusalén", o el nuevo "Siervo de Yahvé" desde donde la propuesta liberadora de Dios se irradia y a partir de la cual transforma e ilumina la vida de todos los hombres.

Estas dos imágenes no pretenden, con todo, decir que los discípulos de Jesús deban ponerse a la vista, mostrarse, elegir lugares visibles en donde las masas los admiren y aplaudan. Lo que pretende decir es que la misión de los testigos del "Reino" debe llevarles al testimonio, a cuestionar al mundo, a ser una interpelación profética, a ser un reflejo de la luz de Dios; y que no deben esconderse, dimitir de su misión, huir de sus responsabilidades.

Esas "buenas obras" que los discípulos deben practicar, y que serán un testimonio del "Reino" para los hombres son, probablemente, aquellas que Mateo presenta en la segunda parte de las "bienaventuranzas" (cf. Mt 5,7-11): la "misericordia" (un corazón capaz de compadecerse, de amar, de perdonar, de conmoverse, de dejarse tocar por los sufrimientos y angustias de los hermanos), la "limpieza del corazón" (la honestidad, la lealtad, la verdad, la sinceridad), la defensa intransigente de la paz (el rehusar la utilización de la violencia y de la ley del más fuerte, la lucha por la reconciliación) y de la justicia. Es de esa labor de los discípulos de donde nacerá el mundo nuevo, el mundo del "Reino".

La misión de los discípulos es, por tanto, la de "dar sabor" al mundo, garantizar a los hombres la perennidad de la "alianza" e iluminar al mundo con la "luz" de Dios. Ellos son los testigos de esa realidad nueva que nace de la oferta de salvación y de vida de las "bienaventuranzas". En ellos tiene que estar presente esa realidad nueva que Jesús llamaba "Reino".

3.3 Actualización

La reflexión puede considerar los siguientes aspectos:

■ La cuestión esencial que este texto del Evangelio nos presenta es esta: Dios nos propone un proyecto de liberación y de salvación que conducirá a la inauguración de un mundo nuevo, de felicidad y de paz sin fin; y aquellos que se adhieran a esta propuesta tienen que testimoniarla delante del mundo y de los hombres con palabras y con gestos concretos, a fin de que el "Reino" se convierta en una realidad.

¿Cómo me enfrento a esto?

¿Para mí, ser cristiano es un compromiso serio, profético, exigente, que me obliga a testimoniar el "Reino", incluso en los ambientes adversos, o es un camino "tibio", instalado, cómodo, de quien se siente en regla con Dios porque va a misa el domingo y cumple algunos ritos que la Iglesia sugiere?

■ ¿Yo soy, día a día, la sal que da sabor, que aporta una mayor riqueza de amor y de esperanza a la vida de aquellos que caminan a mi lado?

¿Para aquellos con quienes me encuentro todos los días, soy una persona insípida, indefinida, instalada en la mediocridad, o soy una nota de alegría, de entusiasmo, de optimismo, de esperanza en una vida nueva vivida a la manera del Evangelio, a la manera del "Reino"?

¿En medio del egoísmo, de la desesperanza, del sin sentido que caracteriza a la vida de tantos de mis hermanos, doy testimonio de un mundo nuevo de amor y de esperanza?

■ Ser cristiano es, también, ser una luz encendida en la noche del mundo, alumbrando los caminos de la vida, de la libertad, del amor, de la fraternidad.

¿Soy esa luz que ilumina el sentido de las cosas importantes, impidiendo que la vida de mis hermanos se gaste en frivolidades y bagatelas?

¿Para los que viven en el sufrimiento, de la duda, en el error, para los que viven a ras de suelo, soy la luz que ilumina hacia el más allá y hacia la realidad liberadora del "Reino"?

■ Atención: yo no soy "la luz", sino solamente un reflejo de "luz".

Esto quiere decir: las cosas hermosas que puedan acontecer a mi alrededor, no son el resultado del ejercicio de mis brillantes cualidades, sino el resultado de la acción de Dios en mí. Y Dios, que es "la luz", es quien, a través de mi fragilidad, presenta su propuesta de liberación y de vida nueva al mundo. El discípulo no debe, pues, preocuparse en atraer sobre sí las miradas de los hombres; sino que debe preocuparse en dirigir las miradas y los corazones de los hombres hacia Dios y hacia el "Reino".



ALGUNAS REFERENCIAS DEHONIANAS



Interpelaciones



La lectura del profeta Isaías nos indica que la forma de ser luz y signo de esperanza para la humanidad es a través del amor a los hermanos, en una actitud de compartir y de fraternidad.

A propósito de esto, el Padre Dehon, en las "*Obras Espirituales*", dice que la caridad para con el prójimo es necesaria para quien quiere amar a Dios. El amor de Dios y el amor del prójimo son uno. ¿Podemos amar a Dios y no amar a los hombres, sus hijos? Cuando Jesucristo pronunció su Ecce venio al entrar en la vida mortal, vino al mismo tiempo por amor a su Padre y por amor a sus hermanos. El amor al prójimo está escrito en cada página del Evangelio, es una recomendación constante de Nuestro Señor. Jesús ama particularmente a los pobres y a los necesitados, y él quiere que los amemos de la misma forma.

¿Me dejo interpelar por las situaciones de injusticia y de miseria? ¿Adoro a Jesús presente en el rostro de aquellos que la vida más maltrató? ¿Me dejo interpelar por sentimientos de compasión, de bondad, de paciencia por todo ser que sufre? ¿Cómo hacerme solidario de la miseria de aquellos que encuentro, de aquellos con quienes vivo, de aquellos a quienes soy enviado, los rechazados y los alejados?



La liturgia de esta semana nos exhorta también a ser sal que da sabor a la vida de aquellos que caminan a nuestro lado y a ser una luz encendido en la noche del mundo, que señala en dirección hacia de las realidades eternas.

El Padre Dehon dice, en las "*Constituciones*", que con nuestra manera de ser y de hacer, por la participación en la construcción de la ciudad terrera y la edificación del Cuerpo de Cristo, debemos testimoniar eficazmente que el reino de Dios y su justicia se deben procurar antes que todo y por encima de todo.

Con la gracia de Dios, por nuestra vida religiosa, queremos dar un testimonio profético, empeñándonos sin reserva en el advenimiento de la nueva humanidad en Jesucristo.

Los que nos conocen, ¿podrán encontrar en nosotros una imagen viva de la forma de existir y de actuar de Jesús?

¿Somos conscientes de la gran responsabilidad que nos ha sido confiada?

¿Correspondemos con fidelidad al amor de Dios, del cual brota la entrega al prójimo, el servicio generoso a los pobres, a los enfermos y el compartir las dificultades ajenas?

¿Nuestro testimonio de vida y nuestro servicio a la comunidad se identifica con la verdad de la propuesta liberadora de Cristo?